
Fenicios en el Extremo Occidente: conflicto y violencia en el contexto colonial arcaico

CARLOS G. WAGNER¹

R E S U M E N La colonización fenicia no fue tan pacífica como muchos estudiosos defienden. La adquisición de tierra fue una necesidad temprana pese a la importancia del comercio a larga distancia. Existe una abundante evidencia de expansión territorial y uso de la fuerza que fueron empleados por algunas ciudades fenicias orientales, como Tiro, en Palestina y Chipre. En el lejano occidente hay signos de conflicto y violencia entre los colonizadores y los autóctonos tan pronto como finales del siglo VIII a.C. tanto en un contexto mediterráneo como atlántico.

A B S T R A C T Phoenician colonization was not as peaceful as many scholars claim. Acquisition of land was an early need despite the importance of long-distance trade enterprises. There is large evidence of territorial expansion and the use of force that was employed by some Eastern Phoenician cities like Tyre in Palestine and Cyprus. In the far West there are signs of conflict and violence between the colonists and the native people that go back as early as the end of the 8th century BC both in Mediterranean and Atlantic contexts.

Se ha venido asumiendo de forma ampliamente generalizada que la colonización fenicia en Occidente constituyó un proceso histórico de carácter esencialmente no violento que no implicaba la conquista militar de los territorios colonizados ni formas extremas de dominación de las poblaciones autóctonas con las que se entraron en contacto, al menos durante el periodo arcaico y antes de la expansión cartaginesa. Tal presunción, que muchas veces llega a alcanzar el rango de paradigma, descansa, básicamente, sobre dos presupuestos que no siempre se explicitan formalmente. Uno supone la ausencia de una política expansiva de índole militar por parte de las metrópolis en el país de origen, principalmente Tiro, que pudiera ser trasladada al contexto colonial. El otro subraya, dado el carácter predominantemente comercial de la expansión, la ausencia de un interés en la conquista o control de tierras en ultramar, siendo la fórmula de la negociación la empleada mayoritariamente para garantizar la supervivencia del grupo colonizador en sus relaciones con las poblaciones autóctonas.

Formas encubiertas o “invisibles” de agresión

Podemos empezar por considerar, aunque sea de manera genérica, las formas menos manifiestas de violencia y agresión, que son las que resultan más difícilmente evaluables desde la documentación escrita y la arqueológica. En este sentido, resulta bastante obvio que, como se ha señalado para el caso griego, el propio término de “coexistencia” dice bien poco por sí mismo si no es acompañado de un significado social que lo llene de contenido (Morel, 1984, p. 126). Por otra parte, la cuestión de la violencia en los contactos interculturales es particularmente compleja, ya que por violencia no debe entenderse tan sólo la mera agresión física que se ejerce de forma más o menos directa sobre las personas o las cosas. De hecho, la agresión puede revestir modos mucho más sutiles e incluso inintencionados. Baste pensar en los casos que pueden implicar, por ejemplo, la transformación por el grupo culturalmente extraño del espacio y el paisaje cultural y sagrado propio, o la violación, que puede ser o no deliberada, de un determinado tabú o de una regla específica de conducta (Wagner, 2001, p. 33). En todos estos casos, el grupo cultural afectado percibe una agresión por parte de los miembros de la cultura externa. El contacto violento será, por consiguiente, aquel que implica cualquier forma de agresión externa sobre la cultura local, dejando a un margen la cuestión de la intencionalidad concreta.

Esta agresión puede manifestarse en el plano demográfico (eliminación directa o indirecta de las personas), ambiental (destrucción o modificación de paisajes locales), cultural (violación de tabúes, espacios sagrados, normas de conducta, etc.), económico (destrucción o apropiación de fuentes de recursos locales), social (eliminación o alteración de las pautas y relaciones sociales y de las formas de integración y cohesión social), conductual (introducción de normas de conducta perversas o modificación indeseada de las existentes) o biológica (introducción de enfermedades). Por ejemplo, una agresión ambiental puede ser también cultural y económica, ya que un determinado paisaje que resulta modificado puede albergar más de un significado. De la misma forma, el desplazamiento de la población autóctona como consecuencia, incluso pacífica, de la presencia de los colonizadores conlleva consecuencias que afectan a la demografía, a las relaciones sociales, a la actividad productiva, con la modificación de los hábitos de trabajo y una reorganización que puede implicar una mayor segmentación con núcleos de población más pequeños y, por ende, una dispersión que favorece la aparición de formas de subordinación o dependencia respecto de los colonizadores.

Todo este tipo de agresiones no se producen de forma aislada sino que, generalmente, interactúan en el contexto mismo de la dominación colonial, implique ésta violencia y agresión manifiesta y abierta o no (Wagner, 1993a, p. 450). Por otra parte, las relaciones no manifiestamente violentas pueden no encerrar más que una colaboración aparente, una resistencia pasiva, que no excluye en modo alguno la existencia del conflicto (Moreno Arrastio, 2001, p. 113 ss.). Así, el intercambio desigual, que en muchos casos caracteriza las relaciones entre colonizadores y autóctonos, somete a estos últimos a una verdadera explotación económica que terminará por acarrearles graves consecuencias, algo a lo que, en general, no se suele prestar mucha atención.

Explotación colonial e intercambio desigual

Es en la forma de acceder los Fenicios a los recursos de Occidente en donde la mayoría de los investigadores han asumido sin más la existencia de relaciones mutuamente ventajosas, lo que ha distorsionado nuestro conocimiento de los procesos de intercambio a que tales relacio-

nes dieron lugar. Así resulta una posición bastante común entre los autores que han tratado el tema considerar que la expansión y colonización fenicia constituyeron procesos históricos de carácter “positivo”, en tanto en cuanto que actuaron como agentes difusores de la “civilización”. De esta forma, la presencia fenicia habría tenido, según la opinión de muchos, claros efectos dinamizadores sobre las poblaciones y culturas autóctonas, que de este modo se beneficiaron del fructífero contacto con los representantes de una cultura más compleja y desarrollada.

Semejante punto de vista, aunque ciertamente muy extendido, induce a una interpretación premeditadamente positiva, y por lo tanto ahistórica, de los resultados del contacto cultural, que son valorados de antemano de acuerdo a un concepto ingenuo de aculturación y desde perspectivas que ponen el acento en lo que se intercambia y no en lo que se produce, quedando los intercambios reducidos a la mera circulación de mercancías y relegando las relaciones sociales en que se enmarca la producción (Carrilero, 1995, p. 153; López Castro, 2000a, p. 124), tendiéndose por ello a sobrevalorar la importancia de los aspectos formalmente comerciales de la colonización fenicia, lo que ha impedido muchas veces caracterizar adecuadamente los intercambios entre los Fenicios y las poblaciones con las que entraron en contacto. Tal planteamiento no tiene en cuenta que, en realidad, las diferencias en el grado de complejidad cultural: desarrollo tecnológico, organización socioeconómica y formas de gobierno e integración y control social e ideológico (Belén y Escacena, 1995, p. 87) difícilmente pudieron propiciar unos intercambios equilibrados, y que por el contrario favorecieron la consolidación de unas relaciones de explotación colonial que se concretaron muchas veces en un **intercambio desigual**, del que son característicos la esquilma de los recursos, la dependencia tecnológica (y por consiguiente la subordinación económica) y la profundización de las desigualdades y los contrastes en las comunidades autóctonas, ocasionada por la apropiación por parte de las elites de la riqueza y el trabajo ajeno, fenómenos propios también del “orientalizante” (Wagner, 1995, p. 119), pero poco visibles arqueológicamente, al menos desde el paradigma dominante.

La documentación arqueológica revela la existencia en el contexto colonial fenicio arcaico en el Extremo Occidente de un intercambio aristocrático que va más allá del don contra-don propio de estos ambientes, al incluir también fuerza de trabajo y un contemporáneo comercio *maqom* o empórico como formas, ambas, de un intercambio institucionalizado que tiene lugar bajo presupuestos extraeconómicos (López Castro, 2000a, p. 125 ss.). En muchos casos, el contexto en el que se desarrollan las transacciones es de un intercambio desigual, en el que manufacturas y otros productos de gran calidad, como joyas, perfumes, marfiles y objetos metálicos son intercambiados por materias primas, concesiones de tierra y fuerza de trabajo (Wagner, 2000a, p. 86; López Castro, 2000a, p. 127; Botto, 2002, p. 22). Lo que caracteriza precisamente el intercambio desigual es la situación de desequilibrio en la que la parte económica, tecnológica y organizativamente más avanzada consigue grandes cantidades de materias primas y otros recursos a cambio de un modesto volumen de manufacturas y objetos exóticos, como consecuencia precisamente de la diversa escala de valores en uso en ambos polos del sistema de intercambios, que son dominados por ésta (López Pardo, 1987, p. 410; Liverani, 1988, p. 153).

Ahora bien, aquellos que obtienen mayor beneficio, en este caso los colonizadores fenicios, no se están tan sólo aprovechando de las diferencias en costes sociales de producción, sino que, precisamente por ello, el intercambio desigual encubre una realidad de sobre-explotación del trabajo, que se articula en la transferencia entre sectores económicos que funcionan sobre la base de relaciones de producción diferentes. Así, el modo de producción propio de las comunidades autóctonas, al entrar en contacto con el modo de producción de los colonos orientales, queda dominado por él y sometido a un proceso de transformación. La contradicción característica de

tal transformación, la que realmente la define, es aquella que toma su entidad en las relaciones económicas que se establecen entre el modo de producción local y el modo de producción dominante, en las que este preserva a aquel para explotarlo, como modo de organización social que produce valor en beneficio del colonialismo, y al mismo tiempo lo destruye al ir privándole, mediante la explotación, de los medios que aseguran su reproducción (Wagner, 1993b, p. 17; Meillassoux, 1977, p. 131 ss.).

El asunto es por tanto mucho más amplio y complejo que una política colonial de pactos y alianzas con las élites locales, con cuyo reforzamiento político consiguen los colonizadores que les sea reclutada la fuerza de trabajo necesaria y que, una vez movilizada, sea conducida por las propias elites hacia las actividades de interés para ellos. Al mismo tiempo es necesario preservar las condiciones locales de la reproducción de la fuerza de trabajo, que, sin embargo, resultarán a la larga modificadas. Tal es la dinámica que explica, por ejemplo, los cambios que al término del periodo “orientalizante” modificaron radicalmente las relaciones entre los colonizadores fenicios y la población autóctona.

Violencia y disturbios en el Oriente fenicio

Si examinamos ahora la situación en el Oriente fenicio podemos encontrar claros indicios de conflictos, tanto internos como externos, y del uso de la violencia en su forma más clásica — conquista, destrucción, anexión — por parte de algunas ciudades fenicias, como es el caso de Tiro, de la que poseemos la mayor información. Así, un grupo de tradiciones literarias que, salvo excepciones (Tsirkin, 1998, p. 177 ss.; Wagner y Alvar, 2003, p. 191 ss.), no han recibido la atención que merecen señala la existencia de discordias y enfrentamientos internos como causa de la colonización. Hablando de la fundación de Leptis en el norte de África, Salustio (*Iug.*, 78, 11) la atribuye a los Sidonios que dejaron su ciudad huyendo de las discordias civiles. Por su parte, Q. Curcio Rufo (*IV*, 4, 20) alude a rebeliones de los agricultores tirios que, con las armas en la mano, clamaban por emigrar a nuevas y lejanas tierras. Muy desastrosa debía de ser la situación de aquellas gentes, que él achaca a los continuos terremotos, mientras que Flavio Josefo (*Ant. Jud.*, VIII, 3, 2) menciona una pertinaz sequía en época de Itobaal de Tiro, contemporáneo de Acab de Judea, que habría fundado las ciudades de Botris, en la propia Fenicia, y Auza en África (Tsirkin, 1998, p. 177). Se ha señalado, con razón, que la fundación de la primera, la moderna Batrum, dentro de los límites del reino de Biblos debe interpretarse como un acto hostil, o cuanto menos, como una arrogante intrusión por parte de Tiro (Aubet, 2000, p. 91), no habiendo sido localizada la segunda.

Volviendo a los conflictos internos, el relato sobre la fundación de Cartago transmitido por Justino (*VIII*, 4 ss) sitúa en un primer plano el asesinato del Zakerbaal, tío y marido de la princesa Elissa y sumo sacerdote de Melkart, por el monarca y hermano de ésta, describiendo en realidad un conflicto dinástico en el seno de la familia real tiria en el que parece haber participado una parte de la nobleza (Lancel, 1994, p. 45; Wagner, 2000b, p. 41 ss.). Tales tipos de conflictos dinásticos no eran infrecuentes, como se desprende de la información de Menandro de Efeso recogida por Flavio Josefo (*Contr. Apion.*, I, XVII, 106 ss.):

“... a continuación voy a citar a Menandro de Efeso. Este autor ha relatado los acontecimientos de cada reino, hayan tenido lugar entre los griegos o entre los bárbaros, después de esforzarse por aprender la historia de las crónicas nacionales de cada pueblo. Se computa el tiempo transcurrido desde este

rey hasta la fundación de Cartago de la siguiente manera: muerto Hiram recibió el trono su hijo, Babel, que vivió cuarenta y tres años de los que reinó diecisiete. Tras él, Abdastrato, su hijo vivió veintinueve años y reinó nueve. Los cuatro hijos de su nodriza conspiraron contra él y le mataron. Reinó el mayor, Melcastarto, hijo de Leastrato, quien vivió cincuenta y cuatro años y reinó catorce. Después de éste, su hermano Astarimo, que reinó cincuenta y cuatro años de los que reinó nueve. Este fue asesinado por su hermano Feles, quien se apoderó del trono y reinó ocho meses de los cincuenta años que vivió. Le asesinó Ithobaal, el sacerdote de Astarté, quien vivió sesenta y ocho años y reinó treinta y dos”.

Parece claro que, algunas veces, tales conspiraciones y asesinatos involucraban, de una parte y otra, a miembros de la nobleza tiria a los que Salustio describe como “ansiosos de poder”. El resultado, en ocasiones, de semejantes conflictos suponía expediciones a tierras lejanas de ultramar, como hemos visto en los casos señalados de Leptis y Cartago.

En un contexto diferente, los Tirios se hicieron en época de Hiram I con las “tierras del país de Kabul”, denominación administrativa del territorio de la tribu de Asher en Galilea (Lamaire, 1991, p. 135 ss.), mediante su compra a los Israelitas. No obstante la información de *I Reyes*, 9, 10-14, que establece el precio de estas tierras en 120 talentos de oro, no termina de encajar bien con otro tipo de datos disponibles en la documentación literaria y arqueológica. Así, según *Jos.*, 19, 24. -31 el territorio de la tribu de Asher se extendía por una amplia región a la que pertenecían también la llanura de Akko y el Monte Carmelo, mientras que según *Jueces*, I, 31-32 se ceñía a las colinas occidentales de la Baja Galilea, al este de Akko y de las ciudades de la llanura costera. Como ha sido bien observado, la lista de ciudades del territorio que *Jos.*, 19, 25-30 atribuye a la tribu de Asher corresponde, en realidad, al territorio tradicional del reino de Tiro con su límite norte en el Nar el-Qasimiyyeh y el sur en el Carmelo, mientras las tierras altas señalaban su límite oriental (Lipiński, 1991, p. 165 ss.). Por otra parte, *Jueces*, I, 32 afirma que los Asheritas vivían entre los Cananeos, mientras que *I Reyes*, 4, 16 menciona al gobernador de la prefectura de Asher que, por cierto, lleva un nombre cananeo. La cuestión fundamental, por tanto, no es otra que desde cuando pertenecían todas estas tierras y sus ciudades a Tiro.

A este respecto, toda una serie de trabajos arqueológicos en la costa septentrional de Palestina han ido proporcionando información de particular interés acerca de la política de Tiro en esta región durante la Primera Edad del Hierro. Diversas investigaciones han puesto de relieve como Tiro inicia, desde mediados del siglo XI a.C., una expansión territorial hacia la fértil llanura costera de la región de Akko y Monte Carmelo, unos 45 km al sur de la ciudad, destruyendo algunos asentamientos ocupados por los “pueblos del mar” como Dor y probablemente Akko, y ocupando otros sitios como Achziv, Tell Abu Hawam, Tell Keisan, Kabul, Shikmona, Tell Mevorakh, Tell Qasile y Tell Michal (Stern, 1991, p. 85-94; Aubet, 2000, p. 81). Tiro asume así el control de lugares no solo costeros sino los situados también sobre las colinas de la Baja Galilea bastante tiempo antes de la supuesta compra a Salomón, con lo que se rompe la imagen del ascenso de Tiro promovido sólo por el empleo de la diplomacia y de una buena percepción de las oportunidades del comercio internacional. Los niveles de destrucción en lugares como Dor y Akko revelan una estrategia claramente violenta y coercitiva, dirigida no solo a dominar la entera franja costera entre Tiro y Monte Carmelo, sino también a apropiarse de una región clave para el desarrollo agrícola y el control de las rutas terrestres (Aubet, 2000, p. 92 ss.). Asimismo, una serie de fortificaciones de casamatas en la Alta Galilea (Ben-Ami, 2004, p. 194 ss.), con claros paralelos fenicios en otros lugares de Oriente, está sugiriendo un ambiente de pugna por el control de estos terri-

torios. Si nos atenemos a la información bíblica, una parte de aquellas tierras en las que moraban las gentes de la tribu de Asher, debió, por consiguiente, haber escapado al control de Tiro después de su anexión en la segunda mitad del siglo XI a.C., tal vez por obra de las conquistas de David (Aubet, 2000, p. 88), por lo que Hiram I estaría interesado en su adquisición, dada su importancia agrícola, por lo que decidió comprarlos a Salomón.

Pero cabe otra posibilidad. Si las recientes interpretaciones sobre el auténtico alcance territorial y del poder ejercido durante los reinados de David y Salomón (Finkelstein y Silberman, 2003, p. 145 ss.; Liverani, 2005, p. 110 ss.), mucho menos importantes de lo que se dice en el Antiguo Testamento, se aproximan algo a la realidad histórica, la situación ha podido ser otra. Tiro aparecería entonces como la auténtica potencia regional, y las relaciones entre Hiram y los dos monarcas israelitas más que en un plano de igualdad se habrían establecido de una manera mucho más asimétrica en claro beneficio de los tirios. En este sentido, la noticia de I Reyes, 9, 10-14 sobre la pretendida adquisición mediante compra por Hiram del País de Kabul tal vez esconda, en realidad, la exigencia del monarca de Tiro ante Salomón de un control total sobre unas poblaciones en las que, desde los tiempos de su anexión por los Tirios, también estarían allí establecidas gentes israelitas.

Todo este panorama viene a sumarse a la bien conocida noticia de Menandro de Efeso recogida por Flavio Josefo (*Contr. Apion*, I, 119; *Ant. Jud.*, VIII, 144 ss.) sobre la expedición de Hiram I contra los Chipriotas, que rehusaban pagar tributo:

“A la muerte de Abibal le sucedió en el trono su hijo Hiram, quien de los cincuenta y tres años que vivió, reinó treinta y cuatro. Este levantó el Campoancho y erigió la columna de oro que hay en el templo de Zeus y, además, fue y cortó madera de los troncos del monte de nombre Líbano para los techos de los templos. Y, tras derribar los templos originales, construyó en su lugar otros nuevos dedicados a Heracles y Astarté, y fue el primero en celebrar la recuperación de Heracles en el mes de Peritio. Y emprendió una expedición militar contra los iticeos por no pagarle los tributos y regresó a su tierra tras imponérselos de nuevo”.

Son muchos los autores que han identificado a estos (K)Iticeos con los habitantes de Kitión (Blázquez, Alvar y Wagner, 1999, p. 74, 77; López Pardo, 2000a, p. 23), en la que sin embargo la presencia fenicia no se detecta arqueológicamente hasta mediados del siglo IX a.C., según las cronologías cerámicas convencionales, pese a lo cual se admite que el episodio encaja perfectamente en la estrategia desarrollada por Tiro en otros territorios y confirma el uso de la fuerza en la extensión y consolidación de su esfera de influencia económica (Aubet, 2000, p. 85), mientras que una tradición “alta” (Lancel, 1994, p. 30 ss.) señala la fundación de la más antigua Qarthadast, seguramente la chipriota Amatonte (Lipiński, 1983, p. 209 ss.; Hermery, 1988, p. 375 ss.), en los tiempos próximos a la guerra de Troya, es decir, más o menos en el mismo contexto cronológico en que, según Heródoto (II, 44, 4), se produce la presencia de los fenicios de Tiro en Tasos, seguida de las posteriores fundaciones tirias en el lejano Occidente de Gadir, Lixus y Utica (Wagner, 2002, p. 573 ss.). Por otra parte, las bien conocidas inscripciones de Limasol, que mencionan a un gobernador de Qarthadast “servidor de Hiram”, que en el siglo VIII a. C. hace una dedicatoria al Baal del Líbano (Masson y Szyner, 1972, p. 78), señalan la continuidad de este dominio tirio sobre Chipre (Blázquez, Alvar y Wagner, 1999, p. 68 ss. y 82; Tsirkin, 1998, p. 185). Si, como hemos visto, Tiro no deja de ejercer la violencia en su política de expansión y consolidación de sus intereses en territorios e islas próximas, ¿hay razones serias para pensar que su presencia colonial en Occidente habría de discurrir siempre por caminos mucho más pacíficos?

La cuestión de la adquisición de la tierra en los enclaves coloniales

Tradicionalmente las relaciones entre los colonizadores fenicios y los pobladores autóctonos en el contexto colonial han sido explicadas en el marco de una coexistencia pacífica al no demandar los primeros tierras que pudieran haber sido objeto de conflicto y dado que el comercio habría beneficiado por igual a ambas partes. Sin embargo, las fortificaciones en la zona de influencia de las ciudades fenicias de Cerdeña revelan estrictos objetivos de vigilancia, control territorial y acceso a los recursos del interior (Stiglitz, 2003, p. 112 ss., 2004, p. 811) que dejan planteada la cuestión del comportamiento frente a las gentes autóctonas que las habitaban, cuyos asentamientos son en muchos casos destruidos o abandonados, así como su estatuto en el seno de las relaciones que se establecen en el ámbito colonial. No obstante, se ha señalado que la implantación colonial fenicia, a la que en Italia y otros lugares se admite un cierto carácter coercitivo (Aubet, 2002, p. 10), habría sido de un signo diferente en la Península Ibérica sin ningún componente militar destacado, al suponer a los colonizadores una falta de interés en la apropiación de tierra y una estrecha colaboración entre éstos y la población autóctona (Díes Cusí, 2001, p. 96). Pero los datos del registro arqueológico sugieren otra cosa.

En lo que al extremo Occidente concierne, la investigación arqueológica ha puesto de manifiesto la existencia temprana de auténticos núcleos urbanos como Doña Blanca (Ruiz Mata, 1993, p. 23 ss.; Ruiz Mata y Pérez, 1995) en el Puerto de Santa María, Cádiz, La Fonteta (González Prats, 1996-1997, p. 191 ss.; González Prats y Ruiz Segura, 2000) en la desembocadura del Segura (Alicante) y Tavira (Maia, 2000) cerca de la del Guadiana, amurallados en algunos casos desde época muy temprana — lo que no deja de tener profundas y significativas implicaciones —, además de una implantación muy capilarizada que se extiende desde la desembocadura del Segura a la del Tajo con una gran densidad de asentamientos, en algunos casos muy próximos entre sí, y algunos de los cuales han proporcionado indicios fiables de una captación de los recursos agrícolas de su entorno.

El asentamiento fenicio arcaico del Cerro del Villar, fundado en la desembocadura del río Guadalhorce en la costa de Málaga a finales del siglo VIII a.C., uno de los que mejor ha sido estudiado junto con su proyección en el territorio circundante, ha proporcionado pruebas de actividades agrícolas y ganaderas en unas tierras que no brindaban ninguna posibilidad de explotación metalúrgica mínimamente rentable y que muestran numerosos indicios de su aprovechamiento económico por los colonizadores, cuyo control se aseguran durante el siglo VII a. C. con el establecimiento de asentamientos secundarios en tierra firme y probablemente a través de la subordinación y absorción de la población autóctona local presente en dos sitios cercanos, el Llano de la Virgen y la Loma del Aeropuerto, este último ocupado más adelante por población fenicia (Aubet, 1992a, p. 71 ss.), algo que empieza también a vislumbrarse en otros lugares como Cerro del Mar, Morro de Mezquitilla (Martín Ruiz, 2002, p. 222) y Villaricos (López Castro, 2000b, p. 105, 2003, p. 103). Por otra parte, la instalación de los fenicios de La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante) en el Castillo de Guardamar y en el también fortificado Cabezo del Estaño (González Prats, 2001, p. 177 ss.), que asegura el control estratégico del territorio, revela un interés similar.

Ahora bien, se considera que en muchos casos los territorios controlados por los enclaves coloniales fenicios debieron ser pequeños y que la mayor parte de las tierras fértiles próximas a ellos habrían permanecido en manos de la población autóctona (Aubet y Delgado, 2003, p. 66 ss.; López Pardo y Suárez Padilla, 2003, p. 81), lo que, por otro lado, revelaría una dudosa estrategia colonial al permitir que el suministro de alimentos que precisaban los colonos quedara en

manos de factores externos por medio de un intercambio que resulta difícil de precisar. Sin embargo, el territorio controlado por los Fenicios, aunque pequeño, junto con el modelo de agricultura intensiva diversificada que parece haber sido aplicado habría sido suficiente para asegurar el abastecimiento de la población colonial (López Castro, 1994). Los análisis paleobotánicos procedentes de sitios como Doña Blanca, Cerro del Villar o Villaricos muestran la presencia de cereales y un alto porcentaje de malas hierbas asociadas al cultivo cerealístico y sugieren un entorno donde abundaban los campos de cultivo y la realización de trabajos de trilla, cribado o tamizado del grano en el mismo asentamiento o en sus cercanías (Iborra, Grau y Pérez Jordá, 2003, p. 45).

En otro contexto, la conocida noticia de Trogo Pompeyo transmitida por el epitomista Justino (44, 5) sugiere la existencia de un territorio de Gadir que pasaría a manos de los Cartagineses tras la ayuda de éstos contra un ataque de la población autóctona vecina:

“En efecto, como los gaditanos, procedentes de Tiro, de donde deriva también el origen de los cartagineses, por una orden dada en el sueño hubiesen trasladado a Hispania el culto de Hércules, y allí hubiesen fundado una ciudad, al envidiar los pueblos vecinos de Hispania el crecimiento de la nueva ciudad y provocar por eso a los gaditanos con la guerra, los cartagineses enviaron ayuda a sus parientes. Entonces con una expedición afortunada no solo vengaron a los gaditanos de la injusticia sino que añadieron la mayor parte de la provincia a su gobierno”.

y debe ser puesto en relación con la reciente evidencia arqueológica que señala una implantación de gentes procedentes de Cartago en la campiña gaditana y su explotación económica desde el siglo V a. C (Carretero Poblete, 2004, p. 476 ss.). Se hubo de disponer, por consiguiente, del dominio efectivo sobre los territorios en que se instalaron los asentamientos coloniales, grandes y pequeños, que pudo ser obtenido en ocasiones mediante pactos con las elites locales (Tejera Gaspar, 1996) que facilitarían también buena parte de la fuerza de trabajo para las tareas menos especializadas, aunque no debe descartarse por completo el empleo, en otros casos, de la violencia, tal como sugieren los episodios conocidos en Oriente, Chipre y Cádiz. En cualquier caso, el reconocimiento de la existencia de estos pactos no implica una garantía de coexistencia pacífica generalizada y permanente. Muy probablemente deberían ser renovados en diversas ocasiones y coyunturas, sin olvidar que entre las poblaciones autóctonas presumiblemente tenían más un carácter interpersonal que institucional, lo que aumentaría las ocasiones en que su vigencia habría dejado de existir. Por otra parte, el mundo autóctono no se encontraba unificado políticamente por lo que es improbable una densa red de estos pactos con todos y cada uno de los interlocutores locales presentes en una determinada región. Es mucho más probable que los colonos fenicios utilizaran esta división en su propio beneficio y según sus intereses apoyando a unos en contra de los otros, por lo que no se descartaría la existencia de enemigos reales o potenciales.

En lo que a la propiedad de la tierra agrícola concierne, la presencia sobre el lugar de población autóctona que se manifiesta en el registro arqueológico no constituye un elemento de prueba definitivo, ya que resulta llamativo comprobar como esta presencia en el entorno productivo más cercano a los asentamientos coloniales no se produce, en algunos casos, hasta la instalación del enclave colonial en la costa, como se observa, por ejemplo, en el curso medio y bajo del Guadalhorce (Aubert y Delgado, 2003, p. 66 ss.) o en el litoral occidental de Málaga (López Pardo y Suárez Padilla, 2003, p. 81), y en otros, como sucede en el resto de la costa malagueña o en el tramo de la desembocadura del Almanzora, “coincidiendo con la segunda fase colonizadora de expansión de los Fenicios occidentales en el siglo VII a.C. (López Castro, 2003, p. 103).

La adquisición de estas tierras se podía, como hemos visto, realizar de diversas maneras, por medio de la violencia, o mediante pactos y alianzas que en la práctica vienen a resultar desiguales o, incluso, por medio de su compra. A partir de ahí las relaciones de los colonizadores con los pueblos autóctonos van quedar caracterizadas de diversa forma. La diferencia fundamental de la colonización respecto al comercio es que en esta apropiación de la tierra ajena se reproduce, transformándose, al mismo tiempo, la formación social originaria de los colonizadores, que ahora va a entrar en contacto tal cual con el mundo autóctono. Y en esta reproducción se manifiestan muchas veces sus propias contradicciones, unas antiguas y heredadas de la metrópolis, otras en cambio nuevas, consecuencia del propio proceso colonizador, lo que le convierte en un fenómeno expansivo, de gran dinamismo histórico. Así, en sus relaciones con la población autóctona, los colonizadores se hallaban mediatizados por las propias relaciones que la dinámica histórica del proceso colonial estableció entre ellos, haciendo de sus relaciones con aquella no una cuestión de etnia o de diferencias culturales sino de clase (Wagner, 2001, p. 30).

Autóctonos entre Fenicios

Una interesante y reciente hipótesis (Moreno Arrastio, 2000) ha venido a incidir oportunamente en la práctica de la violencia y las relaciones de dependencia en el contexto de la colonización fenicia arcaica en el extremo Occidente, asuntos que hasta el presente permanecían inéditos. Se llama de este modo la atención sobre la representación gráfica de la violencia, en forma de armas, así como del cuerpo humano en las estelas decoradas del SO de la Península Ibérica. El propio hecho de la aparición de monumentos con la representación de armas y cuerpos humanos estaría denotando un cambio en el que aquellas ya no se limitarían a ser simples bienes de prestigio y éstos encuentran un nuevo sentido económico que antes no tenían, sugiriendo que corresponden al surgimiento de un modo de producción en el que la caza del hombre, destinada al comercio de esclavos, en los territorios limítrofes a aquellos en que se distribuyen mayoritariamente las estelas y que sufren procesos de encastillamiento y de despoblación contemporáneos, desempeñaría un papel predominante. Estos esclavos serían luego en parte empleados en la explotación de las minas de mediodía peninsular. Tal hipótesis, que su mismo autor define como pesimista frente a la excesiva benevolencia con que ha sido juzgada la presencia colonial fenicia y sus consecuencias, puede dar razón, además del proceso de formación de unas elites guerreas en el territorio de las estelas, de la necesidad de trabajo masivo que se precisaría en la explotación a gran escala de las minas durante el periodo orientalizante y constituir otro de los factores económicos de la presencia colonial fenicia.

Por otro lado, algunos items arqueológicos como ciertas cerámicas hechas a mano — ollas, tazas y cazuelas con decoración digitada así como cuencos bruñidos y otras piezas con decoración esgrafiada y de retícula —, además de las fibulas de doble resorte, podrían estar indicando la presencia de una población local que participaba en los procesos de trabajo en los asentamientos fenicios. En su mayor parte parecen de origen autóctono, con paralelos morfológicos y tecnológicos en yacimientos indígenas cercanos a los asentamientos fenicios (Recio Ruiz, 1993, p. 134 ss.). Destaca, sobre todo, la ausencia de grandes contenedores, para lo que se emplearon normalmente ánforas fenicias, así como su amplia atribución a contextos domésticos (Martín Ruiz, 2000). Parecen, por tanto, indicios bastante fiables de la presencia de gentes autóctonas en los centros fenicios de la costa, en los que, por otra parte, no se detectan estructuras de habi-

tación de tradición local que permitieran pensar en una instalación voluntaria, ya que no cabe sospechar una gran influencia fenicia patente en la arquitectura doméstica y, en cambio, otra muy escasa o nula en la cerámica de uso cotidiano.

Cerámicas a mano de similar tradición han aparecido también en otros enclaves fenicios más lejanos, como Lixus (Aranegui Gascó, 2001, p. 77; López Pardo, 2002, p. 120 ss.), Mogador (López Pardo, 1996, p. 364 ss.) y en la misma Cartago (Mansel, 2000, p. 170 ss.). También están documentadas en algunos lugares frecuentados o habitados por los Fenicios en Portugal, como Lisboa, Alcáçova de Santarém, Santa Olaia, Alcácer do Sal y Setúbal (Arruda, 1999-2000, p. 116, 174 ss. y 183). Tal dispersión, bastante amplia, sugiere una muy cercana vinculación a los colonos fenicios. Una interpretación optimista contemplaría la posibilidad de que fueran los mismos fenicios o gentes autóctonas que colaboraran estrechamente con ellos los responsables de su presencia en todos estos lugares. Pero dado su carácter mayoritario de cerámica doméstica, a excepción de algunos cuencos esgrafiados, parece, no obstante, que se pueden excluir las razones de tipo comercial (López Pardo, 2002, p. 119).

Una perspectiva menos benévola y de tinte más pesimista podría estar indicando, por el contrario, ya que casi nunca aparecen en las necrópolis (Martín Ruiz, 1995-1996, p. 77), la presencia de fuerza de trabajo autóctona originaria del sur de la Península Ibérica, que habría sido desplazada a todos estos lugares. Por otro lado, los porcentajes más elevados de todas estas cerámicas en los niveles arqueológicos más antiguos, aquellos que corresponden a los siglos VIII y VII a.C. y su posterior reducción o desaparición en los niveles más recientes, podrían estar indicando una distinta disponibilidad de tal fuerza de trabajo en el ámbito colonial según factores geográficos y cronológicos. Qué tipo de relación concreta les vincularía es algo que ignoramos, aunque se puede sospechar alguna forma de dependencia (López Castro, 2000a, p. 126), de tipo oriental más que grecorromana. El crecimiento detectado en muchos asentamientos fenicios desde finales del siglo VIII y durante la primera mitad del VII a.C. (López Castro, 2001, p. 61), junto a los contrastes sociales que en ellos se percibe, podría estar sugiriendo un mayor componente demográfico y una diversidad social que hicieran desde entonces prescindible la utilización de fuerza de trabajo autóctona ocupada en las tareas menos especializadas.

Indicios de conflicto en el contexto colonial arcaico del Extremo Occidente

Tan sólo muy recientemente y de forma claramente minoritaria entre el conjunto de la investigación se ha señalado “la coexistencia difícil de dos mundos que se vieron uno a otro distintos” en el marco de unas relaciones “... tan conflictivas como muestran otras muchas colonizaciones históricas por doquier” (Escacena, 2004, p. 16). Si bien, también se ha dicho, no sin bastante razón, que “... en ningún área del Mediterráneo la arqueología constata signos de violencia o estrategias expansionistas por parte de los fenicios en las etapas más antiguas de la colonización — siglo VIII y principios del VII a.C. —, lo que se traduce en el registro arqueológico por la ausencia total de murallas de fortificación tanto en las colonias como en los asentamientos indígenas” (Aubert, 1992b, p. 58). Este panorama es, sin embargo, breve pues, en el curso del siglo VII a.C. en Cerdeña, las ciudades fenicias, como Tharros, inician la ocupación violenta de los territorios próximos, lo que supone la destrucción o el abandono de los asentamientos autóctonos y la fundación de centros fenicios que aseguren el control territorial en un área de unos 10 km y el acceso a los recursos agrícolas, a los yacimientos de metales y a las salinas (Stiglitz, 2004, p. 809, 811). En otro contexto geográfico, Salustio (*Jug.*, 19, 1), hablando de la fundación

de Hipona, Hadrumeto, Leptis y otras ciudades en el Norte de África señala que prosperaron en poco tiempo convirtiéndose en plazas fuertes — *praesidia* (Tsirkin, 1998, p. 182).

En el Extremo Occidente, este comportamiento parece haber sido más precoz, al menos en lo que a la construcción de fortificaciones se refiere. Este es el caso del asentamiento fenicio de Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz). Situado a los pies de la pequeña Sierra de San Cristóbal y de unas 6 ha de extensión, se fortificó desde mediados del siglo VIII a. C. con un elaborado sistema defensivo que constaba de una recia muralla reforzada con bastiones circulares, construida sobre un zócalo de mampostería sobre el que se levantó el paramento hecho con piedras irregulares trabadas con arcilla, que conserva más de tres metros de anchura. Sobre esta muralla, con alzados conservados de hasta 4,80 m, se construyó otra más moderna, aunque ambos trazados no coinciden en su totalidad. Delante de la muralla se ha localizado un foso arcaico de sección triangular excavado en la roca de tres a cuatro metros de profundidad y con una anchura que en ocasiones sobrepasa los 10 m (Ruiz Mata, 1993, p. 48). En la zona sureste se ha conservado también un tramo de la fortificación arcaica construida a base de muros paralelos y transversales, dando lugar al típico sistema oriental de la muralla de casernas (Ruiz Mata, 2001, p. 263 ss.).

Este sistema defensivo no sugiere precisamente un clima de cordial “coexistencia” con las poblaciones autóctonas vecinas sino, más bien, una amenaza latente. Por mucho que se quiera invocar el contenido simbólico de la muralla como delimitadora del espacio sagrado de la ciudad y otras cosas por el estilo, lo cierto es que hizo falta reforzarla con un foso que no tiene otra función que la de hacer más difícil el avance de posibles enemigos. Como se ha dicho, conviene no exagerar el papel simbólico y propagandístico de una muralla, pues si bien es cierto que esta es una de sus funciones, su carácter primordial no es otro que asegurar una buena defensa militar (Díes Cusi, 2001, p. 74). Un sistema defensivo mucho más sencillo y modesto que el de Doña Blanca, similar por ejemplo al que encontramos en Tejada la Vieja (Fernández Jurado y García Sanz, 2001, p. 165), habría bastado para cumplir con el simple cometido de delimitar el espacio de la ciudad y habría requerido, por tanto, una menor inversión en materiales y en mano de obra. Pero no se hizo así, por lo que hay que suponer que existieron poderosas razones para optar por una defensa más eficaz. En este sentido, es cierto que la muralla y el sistema defensivo de Doña Blanca está emitiendo un mensaje bien claro: el de la dificultad a que deberá enfrentarse un ataque desde el exterior.

En Tavira, en la margen derecha del río Gilão (Portugal), se han documentado igualmente las dos fases de construcción de una muralla fenicia arcaica con muros que se yuxtaponen y datan de la segunda mitad/finales del siglo VIII a.C. En su primer momento constructivo esta muralla tenía cerca de cuatro metros de anchura, mientras que en su segunda fase oscila entre los 3,5 y 5,5 m de espesor y adopta la técnica de casernas, construida con piedra calcárea someramente desbastada. Su cara exterior se reviste de un paramento de piedra que se organiza en una línea inclinada siguiendo un ángulo de 70-80° (Maia, 2000, p. 121 ss.; Maia y Silva, 2004, p. 180 ss.). Tampoco se trata de una obra defensiva insignificante como podría ser el foso que en un principio protegía el asentamiento de Toscanos, y que “marca el límite del asentamiento e impide cualquier tipo de acción por sorpresa, pero no estaría en condiciones de rechazar un ataque bien organizado por parte de la población indígena” (Díes Cusi, 2001, p. 83).

Un panorama similar, aunque de fecha más tardía, nos encontramos en La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante), donde, dada la reutilización de diversos materiales, como restos de molduras arquitectónicas formando gola y casi una decena de estelas-betilo en la muralla que comienza a construirse hacia el 630 a.C., se advierte claramente la premura de los traba-

jos y la existencia de una amenaza inminente. Cabe la posibilidad que haya existido en algún otro punto una muralla más antigua, cuyo perímetro no coincide con el más reciente, en el que se puede contemplar un cuerpo central de 4,5 a 5 m de ancho con paramentos verticales contruidos con piedras de diverso tamaño. Ese cuerpo central está ceñido en los tramos mejor conservados por dos cuerpos en talud de una anchura en torno a 1 m en su base, lo que conferiría a ésta una anchura total cercana a los 7 m (González Prats, 1996-1997, p. 194 ss., 201 y 204 ss.).

Al igual que en Doña Blanca y en el Cabezo del Estaño (García Menergaz, 1995), el flanco exterior de la fortaleza presentaba a 4 m de distancia un impedimento complementario contra posibles asaltos: un foso de sección triangular de 2,5 m de ancho. Es seguro incluso, a juzgar por los restos observados en algunos puntos, la existencia de un glacis de barro entre el forro en talud externo y el borde del foso, lo que impedía aún más el acceso y el minado de las murallas, a la vez que protegía de las fuertes lluvias la estructura defensiva. En cualquier caso la reutilización de materiales antiguos en la construcción de esta muralla, algunos de ellos procedentes sin ninguna duda de algún recinto sacro, sugiere un trabajo realizado con prisas, lo que explicaría que su base, en la que se clausura un floreciente taller metalúrgico, no fuera la suficientemente compacta y firme por lo que se emplearon tirantes de amortiguación (González Prats, 1996-1997, p. 205 ss., 2001, p. 178), y una situación de alarma ante una amenaza considerable, pues hizo falta reforzarla con un foso y un terraplén. Aunque su excavador ha contemplado esta posibilidad, señala que nada en el asentamiento autóctono de la Peña Negra (Crevillente, Alicante) con el que los Fenicios de La Fonteta debían mantener relaciones, sugiere un clima de abierta hostilidad (González Prats, 1996-1997, p. 207). Esto parece cierto, pero no es tampoco improbable en modo alguno que la amenaza procediera de algún otro territorio de la zona, habida cuenta la dificultad que plantea admitir una unidad política en la región bajo el patrocinio de las gentes de la Peña Negra, toda vez que, como se ha comprobado en el registro arqueológico en relación al comercio arcaico de ánforas fenicias “la existencia de dos focos al norte (Alt de Benimaquía) y al sur (Baix Vinalopó, Saladares y la Peña Negra) de la provincia revelan que tampoco en Alicante las relaciones comerciales con el mundo fenicio dan forma a un fenómeno unitario, sino más bien al contrario” (Sala Sellés, 2004, p. 75). Tal vez las estructuras defensivas de 2 m de ancho que están por excavar del asentamiento en su fase orientalizante, así como el lienzo de 150 m de longitud de la muralla con bastiones cuadrangulares del Alt de Benimaquía en Denia, Alicante (González Prats, 2001, p. 176), otro lugar autóctono con visibles huellas de la influencia colonial, no hagan sino mostrar una preocupación análoga a la de los Fenicios de La Fonteta ante una potencial amenaza.

Existen, por otro lado, otros indicios que hacen dudar de una supuesta “coexistencia” pacífica generalizada entre los Fenicios y los autóctonos en el contexto de la colonización arcaica en el Extremo Occidente. En torno al 600 a.C. o un poco después, en el asentamiento fenicio de Toscanos, que ya contaba con un foso de sección triangular que ofrecía una protección mínima, se construye una muralla que recorre la cima del Alarcón, impidiendo el paso tanto desde el río Vélez como por la hondonada situada encima del yacimiento, lo que tal vez esté sugiriendo una amenaza concreta, procedente bien del río o del otro lado del puerto de Zafarraya (Schubart, 2000, p. 280). En el Sureste peninsular, en el área de la depresión de Vera, donde la implantación colonial fenicia arcaica esta documentada en Baria/Villaricos, en la desembocadura del Almanzora así como en Garrucha, en la del Antas, el comportamiento del poblamiento autóctono puede resultar instructivo: “A comienzos del primer milenio a.C. el poblamiento precolonial estaba articulado en pequeños asentamientos diseminados que ocupaban las tierras fértiles, estable-

ciendo una continuidad con el poblamiento postargárico, conocido también como Bronce Tardío y Bronce Final. Tras la llegada de los fenicios, no parece tener continuidad, mientras que algunos sitios relacionados con actividades mineras perduraron o se fundaron *ex novo*...” (López Castro, 2000b, p. 104, 2003, p. 92). Así que la mayoría de los escasos núcleos indígenas desaparecen a partir del siglo VII a.C. “... y su población parece diluirse integrada en la nueva organización territorial y social. La duda es de nuevo como se llega a esta situación. De otro lado, tampoco se descarta que la población autóctona retrocediera hacia el interior ante la progresiva presión demográfica y territorial ejercida por la población fenicia y púnica desde la costa” (Sala Sellés, 2004, p. 67).

En otra región, como es el litoral occidental malagueño, a lo largo de la primera mitad del siglo VII a. C. desaparecen algunos de los poblados autóctonos más importantes, como Cerro Alcorrín que llegó a alcanzar 5 ha y tenía una potente muralla reforzada con bastiones circulares (López Pardo y Suárez Padilla, 2003, p. 81), mientras que en las inmediaciones de los enclaves fenicios se modifica el patrón de asentamiento autóctono, con el abandono de poblados existentes en las tierras llanas o su sustitución por núcleos de población fenicia y la aparición de otros fortificados (Aubert, 1992, 71 ss.; Martín Ruiz, 2002, p. 222). Tal vez pudiéramos considerarlos como indicios de la construcción de una serie de espacios rurales fenicios, aunque aquí las investigaciones están aún en sus comienzos por lo que no han alcanzado el grado de desarrollo que observamos, por ejemplo, en Cerdeña.

Al otro lado de las Columnas de Heracles, sobre la costa occidental africana, una serie de noticias que Estrabón (XVII, 3, 3-8) toma del Periplo de Ofelas y de Eratóstenes podrían estar recogiendo los ecos de conflictos entre los colonizadores fenicios y algunas poblaciones autóctonas. En su descripción de la costa exterior de Libia el geógrafo de Amasia se excusa por tener que aludir a estos relatos, a los que considera fabulosos y una invención de los historiadores, en los que se habla de numerosos asentamientos tirios, ahora desiertos, y que en otros tiempos habrían sido completamente destruidos por los *Pharusii* y los *Nigrates*, gentes ubicadas a treinta días de marcha de *Lynx*. Al margen de su exagerado número, más de trescientas según Ofelas, la existencia de colonias fenicias sobre esta parte del litoral africano es sugerida también por Diodoro (V, 20) cuando menciona la existencia de fundaciones antiguas en la costa de Libia (Millán León, 1998, p. 154 ss.). El episodio, por lo demás, ha sido puesto en relación con el momentáneo vacío arqueológico que se observa en Mogador a mediados del siglo VI a.C. (López Pardo, 2000b, p. 224), lo que habría motivado una vuelta a una situación caracterizada por el comercio de tipo no presencial que queda bien reflejada en el Pseudo-Scilax (Ruiz, López Pardo y Mederos, en prensa).

Volviendo a la Península Ibérica, cabría igualmente preguntarse, aunque fuera a título de simple hipótesis, si la aparición a finales del siglo VII a.C. de un urbanismo fenicio en Tejada la Vieja con construcciones con zócalo de piedra y planta rectangular y una planificación en torno a calles de trazado rectilíneo (Fernández Jurado y García Sanz, 2001, p. 167) no estaría revelando la presencia de población fenicia en el lugar (Díes Cusí, 2001, p. 100). También cabría preguntarse si esta presencia de gentes que se van a hacer cargo del control directo del asentamiento y de sus relaciones con el entorno y sus recursos tiene exclusivamente un carácter pacífico u obedece a algún tipo de conflicto. Una cosa queda clara: mientras no nos formulemos preguntas de este tipo, no será posible encontrar una respuesta adecuada.

NOTAS

- ¹ Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Universidad Complutense de Madrid

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARANEGUI GASCÓ, C., ed. (2001) - *Lixus: Colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana*. Valencia: Universidad.
- ARRUDA, A. M. (1999-2000) - *Los Fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal*. Barcelona: Universidad Pompeu Fabra.
- AUBET, M.ª E. (1992a) - Nuevos datos arqueológicos sobre las colonias fenicias de la Bahía de Málaga. In *Lixus. Actes du Colloque de l'Institut des Sciences de l'Archéologie et du Patrimoine de Rabat*. Paris: De Boccard, p. 71-78.
- AUBET, M.ª E. (1992b) - Los Fenicios y Tartessos. In *Andalucía y el Mediterráneo*. Sevilla: Junta de Andalucía, p. 53-63.
- AUBET, M.ª E. (2000) - Aspects of Tyrian trade and colonization in the Eastern Mediterranean. *Münstersche Beiträge zur Antiken Handelgeschichte*. Münster. 19, p. 70-120.
- AUBET, M.ª E. (2002) - Los Fenicios en Occidente: balance y estado de la cuestión. In COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H., eds. - *La colonización fenicia de occidente: estado de la investigación en los inicios del siglo XXI: XVI jornadas de arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2001)*. Eivissa: Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, p. 7-18.
- AUBET, M.ª E.; DELGADO, A. (2003) - La colonia fenicia del Cerro del Villar y su territorio. In GÓMEZ BELLARD, C., ed. - *Ecobistoria del paisaje agrario: La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*. València: Universitat, p. 57-74.
- BELÉN, M.ª; ESCACENA, J. L. (1995) - Interacción cultural fenicios indígenas en el Bajo Guadalquivir. In MIGUEL ZABALA, A. J. de; ÁLVAREZ SOLANO, F. E.; SAN BERNARDO CORONIL, J., eds. - *Arqueólogos, historiadores y filólogos: homenaje a Fernando Gascó. Vol. 1*. Sevilla: Archivos y Publicaciones Scriptorium, p. 67-101.
- BEN-AMI, D. (2004) - *The casamate fort at Tel Harashim in Upper Galilee*. Tel Aviv. 31, p. 194-208.
- BLÁZQUEZ, J. M.; ALVAR, J.; WAGNER, C. G. (1999) - *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*. Madrid: Cátedra.
- BOTTO, M. (2002) - Rapporti fra fenici e indigeni nella Penisola Iberica (VIII-VI sec. a. C.). In URSO, G., ed. - *Hispania terris omnibus felicior: premesse ed esiti di un processo di integrazione: atti del convegno internazionale, Cividale del Friuli, 27-29 de settembre 2001*. Pisa: Edizioni ETS, p. 9-62.
- CARRETERO POBLETE, P. (2004) - *Las ánforas tipo Tiñosa y la explotación agrícola de la campiña gaditana entre los siglos V y II a.C.* Madrid (Tesis doctoral UCM).
- CARRILERO, M. (1995) - Intercambio desigual y mercado en la esfera de interacción fenicios-autóctonos. In MARTÍNEZ PADILLA, C., ed. - *In Memoriam Agustín Díaz Toledo*. Almería: Universidad, p. 153-160.
- DÍES CUSÍ, E. (2001) - La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica (s. VIII-VII). In RUIZ MATA, D.; CELESTINO PÉREZ, S., eds. - *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*. Madrid: Centro de Estudios del Próximo Oriente, p. 69-121.
- ESCACENA, J. L. (2004) - Tartessos (des)orientado. In COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H., eds. - *Colonialismo e interacción cultural: el impacto fenicio-púnico en las sociedades autóctonas de Occidente: XVIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa 2003)*. Eivissa: Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera, p. 7-55.
- FERNÁNDEZ JURADO, J.; GARCÍA SANZ, C. (2001) - Arquitectura orientalizante en Huelva. In RUIZ MATA, D.; CELESTINO PÉREZ, S., eds. - *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*. Madrid: Centro de Estudios del Próximo Oriente, p. 159-171.
- FINKELSTEIN, I.; SILBERMAN, N. A. (2003) - *La Biblia desenterrada: una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
- GARCÍA MENERGAZ, A. (1995) - Avance sobre las excavaciones en yacimientos con fases del Hierro Antiguo en el tramo final del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante). In *XXII Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: Secretaría General de los Congresos, p. 225-229.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1998) - La Fonteta. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España): resultados de las excavaciones de 1996-1997. *Rivista di Studi Fenici*. Roma. 26:2, p. 191-228.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2001) - Arquitectura orientalizante en el Levante peninsular. In RUIZ MATA, D.; CELESTINO PÉREZ, S., eds. - *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*. Madrid: Centro de Estudios del Próximo Oriente, p. 173-191.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; RUIZ SEGURA, E. (2000) - *El yacimiento fenicio de La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante)*. Valencia: Real Academia de Cultura Valenciana.
- HERMARY, A. (1987) - Amathonte de Chypre et les Phéniciens. In LIPÍŃSKI, E., ed. - *Phoenicia and the East Mediterranean in the First Millenium B.C.* Leuven: Peeters, p. 375-388.

- IBORRA, M.^a P.; GRAU, E.; PÉREZ JORDÁ, G. (2003) - Recursos agrícolas y ganaderos en el ámbito fenicio occidental: estado de la cuestión. In GÓMEZ BELLARD, C., ed. - *Ecohistoria del paisaje agrario: La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*. Valencia: Universitat, p. 33-55.
- LANCEL, S. (1994) - *Cartago*. Barcelona: Crítica.
- LEMAIRE, A. (1991) - Asher et le royaume de Tyr. In LIPÍŃSKI, E., ed. - *Phoenicia and the Bible*. Leuven: Peeters, p. 135-152.
- LIPÍŃSKI, E. (1983) - La Carthage de Chypre. In *Redt Tyrus- Savons Tyr*. Leuven: Peeters, p. 209-243.
- LIPÍŃSKI, E. (1991) - The territory of Tyre and the tribe of Asher. In LIPÍŃSKI, E., ed. - *Phoenicia and the Bible*. Leuven: Peeters, p. 153-166.
- LIVERANI, M. (1988) - *Antico Oriente: Storia, società, economia*. Roma-Bari: Laterza.
- LIVERANI, M. (2005) - *Más allá de la Biblia. Historia antigua de Israel*. Barcelona: Crítica.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1994) - Hacia una definición del territorio colonial fenicio en el sur de la Península Ibérica. In *Preactas del III Congreso Peninsular de Historia Antigua*. Vol. 2, Vitoria.
- LOPEZ CASTRO, J. L. (2000a) - Formas de intercambio de los fenicios occidentales en época arcaica. In FERNÁNDEZ URIEL, P.; GÓNZALEZ WAGNER, C.; LÓPEZ PARDO, F., eds. - *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo: Actas del Ier Coloquio del CEFYP*. Madrid: CEFYP, p. 123-131.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (2000b) - Fenicios e iberos en la depresión de Vera: territorio y recursos. In GONZÁLEZ PRATS, A., ed. - *Fenicios y territorio: Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*. Alicante: Universidad, p. 99-119.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (2001) - Las ciudades fenicias occidentales y Cartago (c. 650-348 a. C.). In *Os Púnicos no Extremo Occidente*. Lisboa: Universidade Nova, p. 57-68.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (2003) - Baria y la agricultura fenicia en el Extremo Occidente. In GÓMEZ BELLARD, C., ed. - *Ecohistoria del paisaje agrario: la agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*. Valencia: Universitat, p. 99-110.
- LÓPEZ PARDO, F. (1987) - *Mauritania Tingitana: de mercado colonial púnico a provincia periférica romana*. Madrid: Universidad Complutense.
- LÓPEZ PARDO, F. (1996) - Informe preliminar sobre el estudio del material cerámico de la factoría fenicia de Essaouira (antigua Mogador). In *Homenaje al prof. Manuel Fernández Miranda*, vol. 1. Madrid: Universidad Complutense, p. 359-367.
- LÓPEZ PARDO, F. (2000a) - *El empeño de Heracles. La exploración del Atlántico en la Antigüedad*. Madrid: Arco Libros.
- LÓPEZ PARDO, F. (2000b) - Del mercado invisible (comercio silencioso) a las factorías-fortaleza púnicas en la costa atlántica africana. In FERNÁNDEZ URIEL, P.; GÓNZALEZ WAGNER, C.; LÓPEZ PARDO, F., eds. - *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo: Actas del Ier Coloquio del CEFYP*. Madrid: CEFYP, p. 215-230.
- LÓPEZ PARDO, F.; SUÁREZ PADILLA, J. (2002) - Traslado de poblaciones entre el norte de África y el sur de la Península Ibérica en los contextos coloniales fenicio y púnico. *Gerión*. Madrid. 20, p. 113-152.
- LÓPEZ PARDO, F.; SÚAREZ PADILLA, J. (2003) - Aproximación al conocimiento del paleoambiente, poblamiento y aprovechamiento de los recursos durante el primer milenio a. C. en el litoral occidental de Málaga. In GÓMEZ BELLARD, C., ed. - *Ecohistoria del paisaje agrario: La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*. Valencia: Universitat, p. 75-91.
- MAIA, M. G. P. (2000) - Tavira fenicia: O território pra occidente do Guadiana nos inícios do I milenio a.C. In GONZÁLEZ PRATS, A., ed. - *Fenicios y territorio: Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*. Alicante: Universidad, p. 121-149.
- MAIA, M. G. P.; SILVA, L. F. da (2004) - O culto de Baal em Tavira. *Huelva Arqueológica*. Huelva. 20, p. 171-194.
- MANSEL, K. (2000) - Consideraciones sobre la importancia de los productos indígenas en Cartago durante los siglos VIII y VII a.C.: a propósito de la cerámica decorada a mano In GONZÁLEZ PRATS, A., ed. - *Fenicios y territorio: Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*. Alicante: Universidad, p. 169-187.
- MARTÍN RUIZ, J. M. (2000) - Cerámicas a mano en los yacimientos fenicios de Andalucía. In *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*. Vol. 3. Cádiz: Universidad, p. 1625-1630.
- MARTÍN RUIZ, J. A. (1995-1996) - Indicadores arqueológicos de la presencia indígena en las comunidades fenicias de Andalucía. *Mainake*. Málaga. 17-18, p. 73-90.
- MARTÍN RUIZ, J. A. (2002) - La colonización fenicia en Málaga: últimos descubrimientos. *Mainake*. Málaga. 24, p. 215-230.
- MASSON, O.; SZNYCER, M. (1972) - *Recherches sur les Phéniciens à Chypre*. Paris: Edition des Hautes Etudes Orientales.
- MEILLASSOUX, C. (1977) - *Mujeres, graneros y capitales*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- MILLÁN LEÓN, J. (1988) - *Gades y las navegaciones oceánicas en la Antigüedad (1000 a. C. -500 d.C.)*. Écija: Gráficas Sol.
- MOREL, J.-P. (1984) - Greek colonization in Italy and in the West (problems of evidence an interpretation). In HACKENS, T.; HOLLOWAY, N. D.; HOLLOWAY, R. R., eds. - *Crossroads of the Mediterranean*. Leuven: Peeters, p. 123-161.
- MORENO ARRASTIO, F. (2000) - Tartessos, estelas, modelos pesimistas. In FERNÁNDEZ URIEL, P.; GÓNZALEZ WAGNER, C.; LÓPEZ PARDO, F., eds. - *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo: Actas del Ier Coloquio del CEFYP*. Madrid: CEFYP, p. 153-174.
- MORENO ARRASTIO, F. (2001) - Sobre anomalías e interpretación de los objetos orientalizantes en la Meseta. *Gerión*. Madrid. 19, p. 99-117.

- RECIO RUIZ, A. (1993) - Vestigios materiales cerámicos de ascendencia fenicio-púnica en la provincia de Málaga. *Madrider Mitteilungen*. Mainz am Rhein. 34, p. 134-138.
- RUIZ MATA, D. (1993) - Los fenicios de época arcaica — siglos VIII/VII a.C. — en la bahía de Cádiz. Estado de la cuestión. *Estudos Orientais*. Lisboa. 4, p. 23-69.
- RUIZ MATA, D. (2001) - Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz). In RUIZ MATA, D.; CELESTINO PÉREZ, S., eds. - *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*. Madrid: Centro de Estudios del Próximo Oriente, p. 261-274.
- RUIZ MATA, D.; PÉREZ, C. J. (1995) - *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)*. El Puerto de Santa María: Biblioteca de Temas Portuenses.
- RUIZ, L. A.; LÓPEZ PARDO, F.; MEDEROS, A. (en prensa) - Sistemas defensivos en la toponimia fenicia de la costa atlántica. In *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental: Actas de III Coloquio del CEFYP (Adra, 12-14 diciembre 2003)*.
- SALA SELLÉS, F. (2004) - La influencia del mundo fenicio y púnico en las sociedades autóctonas del Sureste peninsular. In COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J. H., eds. - *Colonialismo e interacción cultural: el impacto fenicio-púnico en las sociedades autóctonas de Occidente: XVIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa 2003)*. Eivissa: Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera, p. 57-192.
- SCHUBART, H. (2000) - Alarcón. El yacimiento fenicio y las fortificaciones en la cima de Toscanos. In GONZÁLEZ PRATS, A., ed. - *Fenicios y territorio: Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*. Alicante: Universidad, p. 263-293.
- STERN, E. (1991) - Phoenicians, Sikils, and Israelites in the light of recent excavations at Tell Dor. In LIPÍŃSKI, E., ed. - *Phoenicia and the Bible*. Leuven: Peeters, p. 85-93.
- STIGLITZ, A. (2003) - Città e campagna nella Sardegna punica. In GÓMEZ BELLARD, C., ed. - *Ecobistoria del paisaje agrario: La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*. València: Universitat, p. 111-127.
- STIGLITZ, A. (2004) - Confine e frontiere nella Sardegna fenicia, punica e romana: critica all'immaginario geografico. In *L'Africa Romana*. 15. Roma: Carocci, p. 807-820.
- TEJERA GASPAR, A. (1996) - ¿Se estableció un pacto entre fenicios y tartesios para la fundación de Cádiz?. In *Homenaje al prof. Manuel Fernández Miranda*. vol. 1. Madrid: Universidad Complutense, p. 369-372.
- TSIRKIN, Ju. B. (1998) - The Tyrian power and her disintegration. *Rivista di Studi Fenici*. Roma. 26:2, p. 175-189.
- WAGNER, C. G. (1993a) - Metodología de la aculturación: Consideraciones sobre las formas del contacto cultural y sus consecuencias. In MANGAS, J.; ALVAR, J., eds. - *Homenaje a José M^a Blázquez*. Vol. 1. Madrid: Ediciones Clásicas, p. 445-464.
- WAGNER, C. G. (1993b) - Aspectos socioeconómicos de la expansión fenicia en Occidente: el intercambio desigual y la colonización agrícola. In *Estudis d'Historia Econòmica*. 1. Palma de Mallorca: Prensa Universitaria, p. 13-37.
- WAGNER, C. G. (1995) - Fenicios y autóctonos en Tartessos: consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el Suroeste de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*. Madrid. 52:1, p. 109-126.
- WAGNER, C. G. (2000a) - Comercio lejano, colonización e intercambio desigual en la expansión fenicia arcaica en el Mediterráneo. In FERNÁNDEZ URIEL, P.; GONZÁLEZ WAGNER, C.; LÓPEZ PARDO, F., eds. - *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo: Actas del Ier Coloquio del CEFYP*. Madrid: CEFYP, p. 79-91.
- WAGNER, C. G. (2000b) - *Cartago. Una ciudad, dos leyendas*. Madrid: Alderabán.
- WAGNER, C. G. (2001) - Comercio, colonización e interacción cultural en el Mediterráneo antiguo y su entorno. In LÓPEZ CASTRO, J. L., ed. - *Colonos y comerciantes en el Occidente Mediterráneo*. Almería: Universidad, p. 13-55.
- WAGNER, C. G. (2002) - Continuidad y discontinuidad en los comienzos de la expansión fenicia hacia Occidente. *Vicino Oriente*. Roma. 3:2, p. 571-582.
- WAGNER, C. G.; ALVAR, J. (2003) - La colonización agrícola en la Península Ibérica: estado de la cuestión y nuevas perspectivas. In GÓMEZ BELLARD, C., ed. - *Ecobistoria del paisaje agrario: La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*. Valencia: Universitat, p. 187-203.